

DEUCALIÓN Y PIRRA

Licaón, rey de la Arcadia, se había burlado de Júpiter. Él, aunque rey, era un simple mortal y había puesto a prueba al dios supremo para comprobar si su poder y su conocimiento eran tan grandes como decía. Había ordenado matar a un rehén y asarlo para ofrecérselo después al rey de los dioses sin advertirle qué clase de carne le daba a comer. Mas éste, sin probar bocado, tan sólo por el aspecto, supo qué clase de alimento le habían servido. La osadía de un solo mortal bastó para irritar a Júpiter hasta el punto de querer vengarse de toda la raza humana. Reunió a los restantes dioses y les dio a conocer su decisión de castigar a la estirpe* mortal. Todos asintieron; pero ante su temor de quedarse sin humanos que hiciesen sacrificios en su honor, el rey de los dioses les prometió una nueva estirpe de origen prodigioso.

Estaba ya a punto de lanzar su rayo destructor, cuando pensó que con él podía quemar también la bóveda celeste. Detuvo su brazo y reflexionó. Tenía que procurarles otro castigo, un castigo que no supusiera ningún mal a los dioses. Decidió entonces destruir la estirpe humana bajo las aguas. Enviaría a los hombres lluvias inacabables. Puso manos a la obra.

Primeramente encerró las brisas y los vientos que ahuyentan las nubes. Luego convocó a Noto, el viento portador de lluvias, le comunicó su plan y le ordenó que comenzara a llover. Llovió durante cuarenta días y sus respectivas noches. Y llovió tanto que todo llegó a ser mar. Las costas se desdibujaron y solamente se veían, como islas, las cimas de los montes más elevados. A uno de ellos, el Parnaso, llegó Deucalión montado en una barquichuela; pero no llegó solo: con él iba su esposa Pirra. Tan sólo sobrevivieron ellos porque eran los únicos inocentes, los únicos que habían res-

petado a los dioses. Cuando Júpiter los vio abrazados el uno al otro, se compadeció de ellos y ordenó que dejara de llover. Apartó las nubes y dio orden al sol de que calentara la tierra con sus rayos. Poco a poco las aguas volvieron a su cauce. Las costas reaparecieron y con ellas los árboles.

Deucalión y Pirra bajaron de la barca y miraron a su alrededor. Sólo entonces se dieron cuenta de que no había nadie más. «Tú y yo somos ahora la estirpe humana», le decía Deucalión a su esposa, «Será mejor que pidamos a los dioses consejo para repoblar la tierra».

Dirigieron sus súplicas a la diosa Temis, que era en ese tiempo la poseedora del oráculo, y obtuvieron de ella una respuesta que no entendieron. «Marchaos de mi templo y cubrid vuestras cabezas. Aflojad vuestros vestidos y arrojad sobre vuestros hombros los huesos de la gran madre.» Lo de cubrirse la cabeza y aflojar sus vestidos lo entendieron sin problema pero ¿cómo debían interpretar eso de “arrojad sobre vuestros hombros los huesos de la Gran Madre”?, ¿quién era la Gran Madre?, ¿dónde la podían encontrar?, ¿cómo eran sus huesos?

Deucalión fue el primero en entender que la Gran Madre era la tierra y que sus huesos no eran sino las piedras. «Mira estas piedras, Pirra», le dijo a su esposa, «Estos son los huesos que debemos arrojar sobre nuestros hombros. Ayúdame a recoger algunas para que las lancemos como nos ha ordenado la diosa.»

Sin confiar mucho en lo que iban a hacer, Pirra obedeció las órdenes de su marido y recogió algunas piedras, aún húmedas por el agua caída. Tras ello, se cubrió la cabeza, se aflojó el vestido y comenzó a arrojar sobre sus hombros las piedras que llevaba en la mano. Lo mismo hizo Deucalión. Al tocar el suelo, las piedras lanzadas iban perdiendo su rigidez. Las partes más húmedas se transformaban en carne y las más secas y rígidas en huesos. Las que lanzara Pirra se iban metamorfoseando en mujeres y las de Deucalión en hombres. De esta manera se repobló la tierra después del diluvio.

ACTIVIDADES

Contesta:



¿Cómo interpretaron Deucalión y Pirra el oráculo que les decía “arrojad sobre vuestros hombros los huesos de la gran madre”?



Lee con atención el pasaje del Génesis 6-9 referido al diluvio y completa este cuadro de los parecidos y diferencias entre el relato bíblico y el que acabas de leer inspirado en Ovidio.

| | Biblia | Metamorfosis |
|----------------------|---------------|---------------------|
| Motivo del diluvio | | |
| Duración del diluvio | | |
| ¿Quién lo provoca? | | |
| ¿Quiénes se salvan? | | |
| ¿Por qué? | | |
| ¿Cómo lo hacen? | | |

GÉNESIS, 6... EL DILUVIO

Ésta es la historia de Noé.

Noé era un hombre justo y honrado entre su gente. Siempre anduvo fielmente con Dios. Tuvo tres hijos: Sem, Cam y Jafet. Pero Dios vio que la tierra estaba corrompida y llena de violencia. Al ver Dios tanta corrupción en la tierra, y tanta perversión en la gente, le dijo a Noé: «He decidido acabar con

toda la gente, pues por causa de ella la tierra está llena de violencia. Así que voy a destruir a la gente junto con la tierra. Constrúyete un arca de madera resinosa y hazle compartimentos. Hazla de tres pisos, porque voy a enviar un diluvio sobre la tierra, para destruir a todos los seres vivientes bajo el cielo. Todo lo que existe en la tierra morirá. Pero contigo estableceré mi pacto, y entrarán en el arca tú y tus hijos, tu esposa y tus nueras. Haz que entre en el arca una pareja de todos los seres vivientes, es decir, un macho y una hembra de cada especie, para que sobrevivan contigo. Contigo entrará también una pareja de cada especie de aves, de ganado y de reptiles, para que puedan sobrevivir. Recoge además toda clase de alimento, y almacénalo, para que a ti y a ellos les sirva de comida.» Y Noé hizo todo según lo que Dios le había mandado.

El Señor le dijo a Noé: «Entra en el arca con toda tu familia, porque tú eres el único hombre justo que he encontrado en esta generación. De todos los animales puros, lleva siete machos y siete hembras; pero de los impuros, sólo un macho y una hembra. Lleva también siete machos y siete hembras de las aves del cielo, para conservar su especie sobre la tierra porque dentro de siete días haré que llueva sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches, y así borraré de la faz de la tierra a todo ser viviente que hice.»

Noé hizo todo de acuerdo con lo que el Señor le había mandado. Tenía Noé seiscientos años de edad cuando las aguas del diluvio inundaron la tierra. Entonces entró en el arca junto con sus hijos, su esposa y sus nueras para salvarse de las aguas del diluvio. De los animales puros e impuros, de las aves y de todos los seres que se arrastran por el suelo, entraron con Noé por parejas, el macho y su hembra, tal como Dios se lo había mandado. Al cabo de los siete días, las aguas del diluvio comenzaron a caer sobre la tierra.

Cuando Noé tenía seiscientos años, precisamente en el día diecisiete del mes segundo, se reventaron las fuentes del mar profundo y se abrieron las compuertas del cielo. Cuarenta días y cuarenta noches llovió sobre la tierra. Ese mismo día entraron en el arca Noé, sus hijos Sem, Cam y Jafet, su esposa y sus tres nueras. Junto con ellos entró toda clase de animales salvajes y domésticos, de animales que se arrastran por el suelo y de aves. Así entraron en el arca con Noé parejas de todos los seres vivientes; entraron un macho y una hembra de cada especie, tal como Dios se lo había mandado a Noé. Luego el Señor cerró la puerta del arca.

El diluvio cayó sobre la tierra durante cuarenta días. Cuando crecieron las aguas, elevaron el arca por encima de la tierra. Las aguas crecían y aumentaban cada vez más, pero el arca se mantenía a flote sobre ellas. Tanto crecieron las aguas que cubrieron las montañas más altas que hay debajo de los cielos. El nivel del agua subió más de siete metros por encima de las montañas. Así murió todo ser viviente que se movía sobre la tierra: las aves, los animales salvajes y domésticos, todo tipo de animal que se arrastraba por el suelo, y todo ser humano. Pereció todo ser que habitaba la tierra firme y tenía aliento de vida. Dios borró de la faz de la tierra a todo ser viviente, desde los seres humanos hasta los ganados, los reptiles y las aves del cielo. Todos fueron borrados de la faz de la tierra. Sólo quedaron Noé y los que estaban con él en el arca. Y la tierra quedó inundada ciento cincuenta días.